

GERARDO DIEGO Y LA *FÁBULA DE ALFEO Y ARETUSA*

FRANCISCO FLORIT DURÁN
Universidad de Murcia

Es cosa admitida y aceptada hoy en día que el grupo poético del 27 se acercó a los clásicos del Siglo de Oro no por un prurito academicista, de pedantería cultural, por hacer arqueología literaria, sino porque encontraron en sus antecesores un conjunto de motivos, temas, hallazgos estéticos, imágenes, formas métricas y sintácticas que asumen de un modo natural, sin violencia, en su propia obra creadora. Así, por ejemplo, Gerardo Diego, secundado por otros escritores de su generación, distinguía muy bien entre una erudición de cuño positivista, idólatra de la acumulación de datos, citas y papeletas bibliográficas, y un laboreo crítico apoyado en el rigor intelectual y filológico, pero que nunca le da la espalda a la sensibilidad, entre otras cosas porque ésta es un instrumento eficaz para sacar a flote lo que de perenne, actual y vivo hay en los textos poéticos renacentistas y barrocos.

Este asedio filológico de la obra clásica, que tiene necesariamente ingredientes eruditos, no debe ser menospreciado ni olvidado, y esto es así por la sencilla razón de que debemos a Pedro Salinas, a Jorge Guillén, a Gerardo Diego, a Dámaso Alonso un corpus ejemplar de estudios y ediciones de textos de la literatura española del Renacimiento y del Barroco, un corpus crítico de indudable mérito que ha servido de modelo e inspiración a los filólogos de generaciones posteriores y ha logrado que muchos universitarios o, sencillamente, aficionados a la literatura, llegaran a los clásicos a través de las interpretaciones rigurosas y sensibles que de ellos hicieron los poetas del 27.

Buen ejemplo de todo lo señalado arriba, es el descubrimiento en la Biblioteca de Menéndez Pelayo, a finales de 1919, por parte de un joven Gerardo Diego de un manuscrito poético, con letra del siglo XVII, que contiene una fábula mitológica barroca en la que se cuenta la historia ovidiana de Alfeo y Aretusa. El santanderino copió a mano el texto y redactó un artículo sobre el poema. Todo ese trabajo, que ha

permanecido inédito cerca de un siglo, acaba de ver la luz gracias a la meritoria labor de la profesora Rosa Navarro Durán, catedrática de la Universidad de Barcelona y una de las más brillantes estudiosas de la lírica española del Siglo de Oro, así como una de las mejores conocedoras de los poetas del 27¹, tarea en la que ha contado con la importante colaboración de Elena Diego y Pureza Canelo.

El libro que reseñamos no puede ser más completo, puesto que no solo lleva un extenso estudio preliminar, sino que incluye la edición, anotada por Rosa Navarro, de los 946 versos de la *Fábula*; la transcripción del artículo que Gerardo Diego escribió, y nunca publicó, en enero de 1920 titulado «Un poema inédito del siglo XVII en la Biblioteca de Menéndez Pelayo»; el facsímil del manuscrito de la *Fábula* de la Biblioteca de Menéndez Pelayo; y, por fin, el facsímil de los dos textos autógrafos de Gerardo Diego: el ensayo ya citado y la transcripción dieguina de la *Fábula*. Todo un regalo, pues, para los interesados en la historia de la recepción de la literatura española aurisecular en la época de las vanguardias. Y es ahí, precisamente, donde reside, a mi modo de ver, la almendra de esta historia: en el hecho de que en 1919-1920 un joven poeta de veintitrés años se da cuenta del mérito artístico, de la belleza, de una fábula cultista, de una silva al modo de las *Soledades*, se entrega a la tarea de copiarla cuidadosamente y, al hacerlo, la salva del olvido. Y todo esto ocurre siete años antes de las fiestas gongorinas, siete años antes de la reivindicación de Góngora por parte de las vanguardias.

Con todo, hay otro punto en este libro que merece nuestra atención. El manuscrito que transcribió con mimo y dedicación Gerardo Diego, y que ahora edita con rigor y pericia Rosa Navarro, tiene dos importantes peculiaridades. La primera es que a las cinco primeras hojas les falta la parte superior casi entera. Y la segunda consiste, como bien apunta la editora, en el hecho de que «el manuscrito de la *Fábula de Alfeo y Aretusa* no es una versión definitiva sino una obra en marcha; podríamos calificarlo de taller del poeta. En él vemos palabras y versos tachados, sustituidos por otros que están al margen del texto; pero también variantes, distintas posibilidades, y versos que seguramente pensó en añadir» (pág. 22).

El hecho, pues, de que al manuscrito le falten las primeras hojas significa que no contamos ni con el título de la silva ni, y esto es lo más importante, con el nombre del autor de la misma. Ante esta circunstancia, Rosa Navarro dedica un buen número de páginas a defender su hipótesis: «La *Fábula de Aretusa* es un texto autógrafo de Pedro Soto de Rojas» (pág. 23). Gerardo Diego nada había dicho a este respecto cuando descubre el poema inédito. Si bien es verdad que en un primer momento pensó que podía ser obra de Luis de Góngora, al final llega a la conclusión de que

¹ Rosa Navarro Durán, *Gerardo Diego y la «Fábula de Alfeo y Aretusa» de Pedro Soto de Rojas*, Santander, Fundación Gerardo Diego, 2013.

la *Fábula* tiene todos los rasgos para afirmar que se trata de una pieza escrita por un discípulo del poeta cordobés. Rosa Navarro va más allá y, sirviéndose de una inteligente batería de argumentos, sobre todo, los que tienen que ver con los ecos y reminiscencias encontrados en el poema, le atribuye la *Fábula* al canónigo granadino don Pedro Soto de Rojas; poeta, por cierto, por el que Gerardo Diego siempre sintió una especial predilección hasta el punto de dedicarle el borrador de su *Fábula de Equis y Zeda* «A Pedro Soto de Rojas en su *Paraíso*».

En fin, a mi modo de ver, el libro de Rosa Navarro es un hito muy valioso en esa apasionante historia de la recepción de la literatura española del Siglo de Oro, especialmente, en la llevada a cabo por los, en aquel entonces, jóvenes poetas del grupo del 27. Entre ellos, sobresale la figura de Gerardo Diego, quien fue no sólo un extraordinario poeta, sino también un lector inteligente, culto y sensible, capaz de rescatar del olvido un poema cultista y gongorizante —la *Fábula de Alfeo y Aretusa*—, al igual que muy pocos años después, en 1924, «descubrirá» para los lectores contemporáneos la *Égloga en la muerte de doña Isabel de Urbina*, de Pedro de Medina Medinilla, una elegía bucólica sin velos mitológicos ni torsiones culteranas. De manera que para el poeta santanderino lo fundamental era dar a conocer nuestros clásicos del Siglo de Oro, encontrar en ellos valores poéticos vivos y perennes.